

Isaac Asimov

# La formación de América del Norte

Desde los tiempos primitivos  
hasta 1763

Historia universal Asimov



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *The Shaping of North America. From Earliest Times to 1763*

Traducción de Néstor A. Míguez

Primera edición: 1983

Tercera edición, con traducción revisada: 2012

Cuarta reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Heyn y Matzen: *Retrato de indígena americano con penacho y capa de piel sujetando un arco y unas flechas* (h. 1900; detalle)

© Corbis/Cordon Press

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © Asimov Holdings LLC. World rights reserved and controlled by Asimov Holdings LLC.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1983, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-0942-3 (T. 11)

ISBN: 978-84-206-5082-1 (O. C.)

Depósito legal: M. 26.730-2012

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

11	1. Antes de Colón
38	2. Por mar hacia las Indias
69	3. La exploración del Nuevo Mundo
99	4. La base inglesa
128	5. Al norte de Virginia
161	6. Los ingleses se expanden
189	7. Los franceses se expanden
221	8. Suben las apuestas
249	9. Maniobras para ocupar posiciones
283	10. La decisión final
309	Cronología
321	Índice analítico



*A Les y Chaucy Bennetts,  
por su cálida hospitalidad y amistad.*



# 1. Antes de Colón

## Los indios

Es muy probable que la humanidad se haya originado en África. Los más antiguos rastros de homínidos (seres cuyas características se asemejan a las del hombre más que a las de cualquier otra forma de vida) han sido hallados en África. Los más cercanos parientes del hombre en el reino animal, el chimpancé y el gorila, sólo se han encontrado en África, excepto algunos casos particulares que han sido llevados a otras partes por mediación humana.

Durante el par de millones de años de existencia de los homínidos, éstos se expandieron por ámbitos cada vez mayores, pero siempre estuvieron limitados a regiones que podían alcanzar sin atravesar una gran masa de agua. Todos los fósiles de homínidos que son distintivamente más primitivos que el hombre moderno se han

encontrado en África, Europa y Asia, las tres masas terrestres contiguas que constituyen lo que a veces recibe el nombre de la «Isla del Mundo». También se hallaron vestigios en islas situadas frente a las costas de esos continentes.

Hace 25.000 años, cuando todos los homínidos primitivos habían desaparecido y sólo existía una especie, el *Homo sapiens*, u hombre moderno, la humanidad aún se hallaba confinada en «la Isla del Mundo». En el continente americano, aislado más allá del Atlántico, por un lado, de «la Isla del Mundo», y más allá del Pacífico, por otro lado, aún no había hombres. Ningún vestigio de homínidos más primitivos que el hombre se ha encontrado nunca en ninguna parte de las Américas.

Pero nos encontramos con un lugar en el que el continente americano se acerca a «la Isla del Mundo»: se trata del extremo septentrional del Pacífico. Allí se acercan y se encuentran a corta distancia la punta noroccidental de América del Norte y la punta nororiental de Asia. Los dos continentes están separados en la actualidad por un estrecho que no tiene más de 90 kilómetros de ancho; también se encuentran, a mitad de camino, un par de islas pequeñas.

Hubo en el pasado períodos en los que dicho estrecho era aún menor. A lo largo de toda la historia de los homínidos se produjeron una sucesión de períodos glaciales, durante los cuales, las regiones polares de la Tierra estuvieron cubiertas por vastos casquetes de hielo que se extendían sobre miles de kilómetros a partir de los polos en todas las direcciones. En dichos períodos, era tanta la

cantidad de agua del planeta acumulada en grandes masas de hielo que cubrían las superficies terrestres, que el nivel de los océanos descendió considerablemente.

A medida que el nivel del océano descendía, el estrecho entre Asia y América del Norte se hacía menor, hasta desaparecer finalmente, dejando un puente de tierra entre ambos continentes.

El último período de glaciación se extendió desde hace unos 30.000 años hasta hace unos 10.000. En su punto culminante, el nivel del océano descendió hasta dejar un puente terrestre de 2.100 kilómetros entre Asia y América del Norte. Cuando los glaciares empezaron a retirarse, el nivel del océano se empezó a elevar; pero es posible que los continentes no se separaran por completo hasta cerca del año 7000 a. C.

Durante la última glaciación, el *Homo sapiens* fue el homínido dominante, tal vez el único que quedaba, y ciertamente superaba en número a todos los homínidos que habían existido en cualquier glaciación anterior. Quizá por primera vez los homínidos penetraron en los tramos nororientales de Asia.

Las glaciaciones fueron más extensas en el lado atlántico del Polo Norte que en el lado del Pacífico. La Siberia nororiental y Alaska estuvieron relativamente libres de hielos. El clima no era en modo alguno agradable, pero pequeñas bandas de hombres podían mantenerse como cazadores de mamuts y otros grandes animales de la época.

Luego, alrededor de 25.000 años antes de nuestra era, algún grupo cazador que seguía las pistas de los mamuts se abrió camino por el estrecho, convertido en

itsmo por el hielo. En realidad, es difícil conocer el momento exacto en que este movimiento de población se produjo, ni tampoco los detalles del mismo a causa de los pocos vestigios que dejaron los primeros inmigrantes. Casi no hay restos de esqueletos: hasta el momento, sólo se han hallado en el continente americano unos 20 cráneos antiguos. La mayor parte de los datos concernientes a la población primitiva son puntas de flecha de piedra y otros objetos de este tipo. Y es probable que los más antiguos y mejores elementos de juicio con los que podríamos contar se hallen ahora bajo el agua, hundidos cuando el nivel del océano se elevó al fundirse los glaciares.

Otros grupos de cazadores siguieron al primero. Los que entraron en Alaska se dirigieron al sur y al sureste, siempre en busca de más y mejor caza. Grupos adicionales siguieron más tarde sus huellas, mientras permaneció abierto el puente terrestre entre los continentes. Durante miles de años, los cazadores se expandieron, y hacia el 8000 a. C., cuando los glaciares iniciaron su última retirada, el hombre se había abierto camino por todos los rincones que le resultaban apropiados del continente americano, desde el Polo Norte hasta el Polo Sur.

Esos primeros habitantes de América presentan ciertas semejanzas con los habitantes de Asia oriental, si comparamos a sus actuales descendientes en ambos continentes. Pero la semejanza no es completa. Los americanos originales (a quienes llamamos «indios» por razones que explicaremos más adelante) no tienen la forma de párpados o el rostro más bien plano que presentan los asiáticos orientales.

Los indios tienen narices prominentes y su piel parece, en general, más rojiza que la de los asiáticos orientales, más bien cetrinos\*.

Por la época en que los indios se expandieron por América, la agricultura estaba empezando en el sudoeste de Asia y se daban los primeros pasos hacia lo que llamamos «civilización»\*. Los habitantes de América, hasta donde llega nuestro conocimiento, estaban aislados de esos procesos. No tuvieron ocasión de comerciar con regiones civilizadas ni de aprender de ellas, como los primeros habitantes de la Europa occidental, por ejemplo.

Sin embargo, esto no significa que los indios permanecieran en las tinieblas. Descubrieron la agricultura de forma independiente. Alrededor del 5000 a. C., los comienzos de la agricultura aparecieron en el actual México; hacia el 3000 a. C., los indios mexicanos habían desarrollado una cultura agrícola completa. Alrededor del 2000 a. C. hicieron su mayor y más importante avance cuando aprendieron a cultivar maíz, que se convirtió luego en su alimento vegetal básico. Hacia el 1000 a. C. ya cultivaban judías.

A medida que la agricultura se desarrollaba y la provisión de alimentos se hacía más regular, fue posible apartar energía de la tarea de asegurarse lo esencial para la vida y dedicarla a esas actividades adicionales que cons-

\* Con frecuencia se dice que los indios son de piel roja y que los asiáticos orientales son de piel amarilla, pero no hay duda de que las imágenes a que dan origen tales descripciones de color son exageradas.

\* Véase mi libro *El Cercano Oriente*, Alianza Editorial, Madrid, 2011.

tituyen la civilización. Hacia el 1500 a. C., había templos y ciudades en México.

Y las civilizaciones indias no fueron insignificantes. Cuando en el año 1519 de nuestra era los europeos llegaron a México, hallaron que su capital, Tenochtitlán (donde está la actual Ciudad de México), era más grande que París o Roma por aquel entonces. También pudieron comprobar que los indios mexicanos tenían un calendario mejor que el de los europeos, y además un sistema sanitario público de más calidad. (Los indios pensaban que los europeos olían mal, y expresaron abiertamente esta opinión, lo cual, naturalmente, ofendió a los europeos.)

La agricultura se expandió desde México, y hacia el año 1000 a. C., estaba empezando a penetrar en las regiones que hoy forman parte de los Estados Unidos. Los indios del valle del Misisipi, desde los Grandes Lagos hasta el Golfo de México, crearon aldeas y se acercaron a lo que podríamos llamar civilización. Los más claros rastros que tenemos de ese período primitivo son sus túmulos funerarios, que formaban círculos, elipses, cuadrados, octógonos, etcétera, y que llegaban a alcanzar los 25 metros de alto y cubrían hasta más de 20 hectáreas. En ocasiones, estos túmulos tenían formas complejas, que representaban claramente aves y otros animales.

Lamentablemente, se produjo un retroceso cultural en tiempos posteriores, quizás a causa de las incesantes guerras que se producía entre las tribus, de manera que cuando los europeos aparecieron en la región, la cultura de los túmulos ya había desaparecido. En el siglo XIX

se pensó que los túmulos correspondían a una cultura de «constructores de túmulos» que no estaba relacionada con los indios. esto dio origen a numerosas especulaciones extravagantes sobre inmigraciones preindias a América desde Europa, pero todas ellas han sido abandonadas. Parece ahora totalmente seguro que los constructores de estos túmulos eran indios.

Otro tipo de cultura semejante a una civilización apareció en el suroeste de América del Norte. Los indios de esa región construyeron complejos edificios con ladrillos secados al sol.

Uno de estos *pueblos*, en lo que es ahora Nuevo México, tenía un edificio de cuatro pisos, con 800 habitaciones, y alojaba a 1.200 personas. Fue construido alrededor del año 1000 de nuestra era y abandonado antes del 1300, probablemente porque la creciente sequía de la región hacía imposible sustentar a tal concentración de personas.

No obstante, pese a sus elevados niveles de civilización, o de algo cercano a la civilización, los indios no podían hacer frente a los europeos, quienes estaban mejor organizados, y tenían un arte de la guerra más desarrollado y, sobre todo, armas de fuego.

Es difícil saber cuántos indios había en América cuando llegaron los europeos. Algunas estimaciones hacen elevar el total a 25 millones. De éstos, quizás un millón habitaba al norte del río Grande. (Es revelador de la catástrofe que sufrieron los indios el hecho de que hoy, cinco siglos más tarde, cuando la población total al norte del río Grande es de más de 220 millones, la población india total es de sólo unos 700.000.)

## Los griegos y los fenicios

El verdadero descubrimiento de América se produjo cuando esas primeras bandas de cazadores llegaron de Siberia, hace 25.000 años. Pero parece que esto nunca se toma en cuenta. Cuando la gente habla del «descubrimiento de América», invariablemente se quiere significar su descubrimiento por los europeos.

Esto en consecuencia, no sólo de una tendencia natural de la gente a considerar su propia historia como la más importante, sino también del hecho de que sólo después del descubrimiento de América por los europeos hubo una historia documentada de este continente. Prácticamente no conocemos detalles concernientes a la historia indígena anterior a la llegada de los europeos, y, sin esos detalles, es fácil ser lo bastante injustos como para descartar totalmente esa historia, y con ella a los propios indígenas.

Pero aunque restrinjamos el descubrimiento de América a la primera aparición de europeos en su suelo, aún quedan por responder algunas preguntas. ¿Cuándo se produjo esa primera aparición? La respuesta habitual es que fue con el viaje del osado navegante Cristóbal Colón; y es cierto que desde esa época, los europeos han estado continuamente en América.

Pero, ¿hubo viajes antes de Colón? ¿Hubo descubrimientos que hayan sido olvidados?

Si nos remontamos hacia atrás en la historia de la civilización, hallamos leyendas que hablan de misteriosas tierras situadas en el lejano Oeste. Es posible imaginar

que estas leyendas reflejan brumosos recuerdos de algún desembarco en América.

Los antiguos griegos, por ejemplo, ya en la época de Hesíodo, que vivió en el siglo VIII a. C., hablaban de las «Islas de los Bienaventurados»; eran descritas como una tierra utópica en las lejanas partes occidentales del océano, donde las almas de los héroes vivían eternamente.

Pero, sin duda, los griegos de la época de Hesíodo no pueden haber llegado a América. Es verdad que se encontraban dedicados a empresas colonizadoras, mas, para ellos, el horizonte del mundo conocido era el borde oriental del mar Negro, por una parte, y los tramos occidentales del mar Mediterráneo, por la otra.

Seguramente, hubo hombres que fueron mucho más allá del horizonte que tenían los griegos muchos siglos antes de la época de Hesíodo. Hubo hombres que vivieron a lo largo de las costas atlánticas de Europa y de las costas del Pacífico en China. Pero ellos no cuentan tampoco, y se ignora si descubrieron nuevas tierras. Cuando hablamos de un descubrimiento, habitualmente sólo tenemos en cuenta a los miembros de nuestra vieja civilización occidental.

Así, cuando hablamos del descubrimiento del océano Atlántico, no nos referimos a las primeras tribus de hombres que llegaron a las costas de lo que hoy es Francia, España y el África occidental. Hablamos de barcos de alguna nación civilizada del Mediterráneo oriental que pasaron por primera vez por el estrecho de Gibraltar para entrar en el océano abierto.

De acuerdo con esta línea de razonamiento, el Atlántico fue descubierto, con toda probabilidad, por los

fenicios\*, que fueron los más osados marinos del mundo antiguo. En fecha tan temprana como el año 1100 a. C., según la tradición, barcos fenicios cruzaron el estrecho y fundaron un puesto comercial 80 kilómetros más allá de donde hoy se ubica la moderna ciudad de Cádiz.

Los fenicios exploraron las costas atlánticas de Europa y África y quizás hayan llegado, hacia el 900 a. C., a un lugar tan septentrional como la isla de Britania. Quizá la península de Cornualles y las islas Scilly, frente a la punta de esta península, fueran las «Islas del Estaño» de la Antigüedad, de donde se extraía el estaño, tan necesario para la elaboración del bronce.

Abriéndose camino por la costa africana hacia el sur, los fenicios descubrieron las islas Canarias, como se las llama ahora, a unos 100 kilómetros frente a la costa de lo que es hoy el sur de Marruecos. Fue tal vez la existencia de las islas Canarias, de las que los griegos de tiempos de Hesíodo oyeron hablar de un modo vago y difuso, lo que dio origen a la leyenda de las «Islas de los Bienaventurados».

Pero el viaje más notable de los fenicios tuvo lugar en el 600 a. C. Pagada por un monarca egipcio, una flota fenicia pasó tres años circunnavegando el continente africano. La única noticia que tenemos de este viaje proviene de un historiador griego, Heródoto, quien escribió su obra alrededor del 430 a. C.

Heródoto no creyó el relato de los viajeros fenicios porque éstos afirmaban que, en las regiones meridiona-

\* Véase mi libro *La tierra de Canaán*, Alianza Editorial, Madrid, 2001.2011

les de África, el sol de mediodía aparecía en la zona septentrional del cielo. Puesto que el sol de mediodía, cuando es contemplado desde cualquier tierra mediterránea, es visto siempre en el sur, Heródoto pensó que esto debía ser una ley invariable de la naturaleza y afirmó enfáticamente que la historia del viaje fenicio era una fábula.

Pero el extremo meridional de África se halla en la Zona Templada Meridional, y desde allí el sol de mediodía se ve siempre, en verdad, en el norte. La mera circunstancia de que los fenicios describiesen este hecho aparentemente imposible, nos dice que realmente llegaron hasta allí, y probablemente circunnavegaron, en efecto, África.

Y puede ser que algunos fenicios hayan hecho algo más sorprendente aún. Se suponía que una vieja inscripción descubierta en Brasil en 1872 estaba escrita en fenicio y hablaba de un barco al que las tempestades habían apartado de su flota, que efectuaba un viaje de circunnavegación. ¿Puede haber ocurrido tal cosa? La distancia entre la parte más occidental de África y la parte más oriental de Brasil es de sólo 2.600 kilómetros: es la parte más estrecha del Atlántico. La inscripción fue rápidamente descartada como un fraude, pero en 1968, Cyrus H. Gordon, de la Universidad Brandeis, sostuvo que podía ser cierta.

Si lo es, esa inscripción es testimonio del primer descubrimiento de América por hombres civilizados del Cercano Oriente, 2.000 años antes de Colón. Pero el descubrimiento fue accidental; las noticias del mismo nunca llegaron al mundo mediterráneo, por lo que no se puede hablar de que fuera un descubrimiento efectivo. De

hecho, no dio origen a otros viajes ni a un comercio o una colonización sistemáticos.

El primer griego que se aventuró realmente por el océano Atlántico fue Piteas de Massilia. Alrededor del año 300 a. C., navegó por el estrecho de Gibraltar y luego puso proa al norte. Sus relatos, que no han sobrevivido directamente, pero nos han llegado por referencias de autores posteriores, parecen indicar que exploró la isla de Gran Bretaña y luego navegó hacia el noroeste, a una tierra llamada *Thule*, que podía ser Islandia o Noruega. Allí, la bruma detuvo al intrépido navegante, que volvió para explorar las costas septentrionales de Europa y penetrar en el mar Báltico.

Si los griegos quedaron detrás de los fenicios en la práctica real de aventurarse en pleno océano, fueron, en cambio, más avanzados que ellos en la teoría. Los griegos fueron los primeros que tuvieron idea de la forma esférica de la Tierra, y uno de ellos, Eratóstenes de Cirene, incluso estimó su tamaño. Alrededor del 250 a. C., calculó que la circunferencia de la tierra es de unos 40.000 kilómetros, cálculo muy correcto.

La idea de una Tierra esférica plantea automáticamente la posibilidad de navegar hacia el oeste para llegar al este (o a la inversa); en otras palabras, de circunnavegar el mundo.

Aunque la circunnavegación puede haber parecido teóricamente posible, quedaba en pie la cuestión de si era posible en la práctica: podía haber inesperados peligros en las profundidades del océano, las regiones tropicales podían ser demasiado cálidas para penetrar en ellas, y las regiones polares demasiado frías; también se

podían encontrar con bajíos en los que quedasen varados los barcos que se aventurasen demasiado lejos, o corrientes que les impidieran retornar.

Además, estaba el mero hecho de la distancia. Si la Tierra tenía una circunferencia de 40.000 kilómetros, y si la distancia desde España hasta las remotas regiones orientales de Asia era de 14.500 kilómetros (como es en realidad), entonces, llegar al Asia oriental navegando hacia el oeste suponía atravesar 25.500 kilómetros, presumiblemente, de océano ininterrumpido. Ningún barco de la Antigüedad podía hacer ese viaje.

Además Eratóstenes podía estar equivocado. Otro geógrafo griego, Posidonio de Apamea, repitió el cálculo, alrededor del año 100 a. C., y llegó a la conclusión de que la Tierra sólo tenía 28.500 kilómetros de circunferencia. Se equivocó, pero su estimación fue más popular.

El más influyente geógrafo de la Antigüedad fue Claudio Tolomeo, quien en el 130 d. C. escribió un libro que fue, durante quince siglos, la obra más importante sobre geografía y astronomía. Tolomeo adoptó para la circunferencia de la Tierra la cifra menor y la convirtió en «oficial». Más aún, calculó la extensión de terreno que había entre España y lo que hoy llamaríamos la costa de China en unos 19.000 kilómetros (cifra que contiene un exceso de 5.000 kilómetros).

Esto significaba que la extensión de océano entre el oeste de Europa y el este de Asia quizá fuera de sólo unos 10.000 kilómetros. Aún era una distancia demasiado grande para que pudiese recorrerla cualquier barco de la época, pero sin duda brindaba más esperanzas que los 25.000 kilómetros de la estimación precedente.

Pero esta esperanza no sería puesta a prueba pronto. En tiempos de Tolomeo, las civilizaciones fenicia y griega habían decaído hacía siglos, y no volvería a haber marinos como los fenicios hasta 1.000 años más tarde. En aquel período, el Imperio Romano dominaba todas las costas del Mediterráneo.

Los romanos se expandieron a lo largo y a lo ancho, aunque sólo por tierra; surgieron ciudades romanas en África occidental, en España y en Britania, pero los romanos no eran un pueblo marino; ningún de ellos pensó nunca en aventurarse muy lejos en el océano.

Después de que las provincias occidentales del Imperio Romano fueron ocupadas por tribus germanas, en el siglo V, el conocimiento geográfico decayó en Europa occidental. La nueva religión del islam surgió en Arabia en el siglo VII, y en el 730, todo el norte de África y gran parte de España estaban en manos de los musulmanes, como se llama a los creyentes del islam. Los europeos occidentales quedaron aislados del sur y del este, y tanto África como Asia se perdieron en el mito y la leyenda.

## Los irlandeses y los vikingos

Pero si quedaron aislados del este y del sur, nuevos horizontes se abrieron al oeste y al norte.

Irlanda, la isla que está al oeste de Gran Bretaña, nunca formó parte del Imperio Romano. Pero aunque se produjo la decadencia del Imperio Romano y los soldados romanos abandonaron Gran Bretaña para siempre,

el cristianismo llegó a Irlanda. En el siglo VI, el cristianismo de Irlanda, algo aislado del continente, que estaba en el caos, empezó a adquirir formas distintivas y a crear importantes comunidades de monjes que conservaron el saber en un nivel sorprendentemente elevado.

Buscando con ansia el aislamiento, quizá para estar más cerca de Dios, los monjes viajaron por el océano en sus pequeñas barcas, hallando y colonizando las islas rocosas que se extienden al norte de las islas Británicas.

Uno de estos marinos fue San Brandán, quien, alrededor del 550, navegó hacia el norte y exploró varias islas de la costa escocesa, las Hébridas al oeste y las islas Shetland al norte. Quizá llegara también a las islas Feroe, que están a unos 400 kilómetros al norte del extremo de Gran Bretaña. Desde allí, otros 500 kilómetros al noroeste habría llegado a Islandia, algo que no se halla fuera del ámbito de lo posible.

Sus osados viajes fueron recordados mucho después de su muerte y, con su divulgación, se agrandaron mucho sus hazañas. Alrededor del 800 se escribió una narración de sus viajes que era indudablemente ficticia, pero constituía un relato bien escrito e interesante que alcanzó popularidad. Por entonces, algunos monjes irlandeses habían llegado a Islandia, y la existencia de esta isla dio plausibilidad a toda la narración.

De las aventuras imaginarias de los relatos sobre San Brandán surgió la creencia en la existencia de una isla maravillosa en el Atlántico que fue llamada «Isla de San Brandán». En siglos posteriores se dijo que San Brandán había llegado al continente americano y que éste era en realidad la «Isla de San Brandán». Esto parece suma-